

VII

MARÍA ZAMBRANO

Vélez Málaga (Málaga), 1904-1991

María Zambrano Alarcón fue una de las filósofas españolas más relevantes. A los cuatro años se traslada desde Vélez a Madrid, y de allí a Segovia, donde transcurre su adolescencia. Desde 1924 y hasta 1927 cursa estudios de Filosofía en Madrid, asistiendo a las clases de José Ortega y Gasset. Durante este periodo participa en movimientos estudiantiles y colabora con diversos periódicos. Su primera obra, *Nuevo del liberalismo* (1930), es fruto de los acontecimientos políticos de aquellos años. Desde 1931 ejerce como profesora auxiliar de la Cátedra de Metafísica en la Universidad Central, y en 1932 colabora en publicaciones como la *Revista de Occidente*, *Cruz y Raya* y *Hora de España*.

Al estallar la Guerra civil colabora con la República; reside en Valencia y Barcelona hasta 1939, año en que cruza la frontera francesa hacia el exilio. Tras pasar por ciudades como París, Nueva York o La Habana se instala en México, donde imparte clases de Filosofía en la Universidad de San Nicolás de Hidalgo de Morelia.

Entre otras distinciones, en 1981 se le otorga el Premio Príncipe de Asturias y es nombrada doctora honoris causa por la Universidad de Málaga. El reconocimiento a su obra se ve culminado en 1988 al otorgarle el Ministerio de Cultura de España el Premio Miguel de Cervantes de Literatura.

LO ESCRITO

«Lo escrito, escrito está». Mas no todo ello indeleblemente. Se borran los escritos por sí mismos, o por obra de las circunstancias. El clima, la atmósfera misma, algún polvillo que cae del cielo borra lo escrito: títulos, inscripciones, sentencias caen.

Mientras dura un ciclo histórico hay palabras que permanecen en una determinada visibilidad y que corren de boca en boca; son los tópicos de esos siglos. Sus sentencias, por tanto, son condenatorias por lo general. Y hay también palabras escritas y que, como escritas, se repiten, apaciguadoras y sabias, que marcan el límite, un cerco viene a formar todas ellas que muy pocas gentes trascienden. Pues que la inspiración que llega no se detiene, la inspiración trasciende el cerco solo rara vez arrastra consigo, o tras de sí, a quienes ha visitado, dejándolos, eso sí, perplejos en los mejores casos, cabizbajos por lo común, y disponiéndose con ahínco a volver a todas las cosas tal como si la visita de la inspiración no hubiera llegado, empadronándose conscientemente como habitantes del cerco y hasta alzándose vigilantes, por si acaso.

Pues que los guardianes del cerco lo son de la continuidad -de la continuidad del cerco, se entiende bien- no sabe dónde acudir, si es que se da cuenta, o sienten, al menos, que la discontinuidad de la inspiración corresponde a la discontinuidad de la historia escrita, o que se da por tal, escrita y para siempre bajo sentencia: «Lo escrito, escrito está», y no cabe ni hay para qué borrarlo, si no es con algún borrón más condenado todavía. ¿Será quizá la discontinuidad de la historia la que llame a la inspiración que infatigable se reitera, y no siempre sin sobresalto? Es lo escrito lo que hace la historia, según se nos dijo. Y así, por ejemplo, las piedras, aun en círculo prodigiosamente erguidas y acordadas, no son historia. No hay historia sin palabra, sin palabra escrita, sin palabra entonada o cantada —¿cómo iba a decirse palabra alguna sin entonación o canto? Habrá entonces otra cosa que habríamos de conocer, o simplemente señalar, sin referencia alguna a la historia, para indicar así con ello nuestra ignorancia invencible, nuestra exclusión. Y la perplejidad en que nos sume cualquier vestigio de su existencia, y su simple existencia misma, que puede equivaler, en ocasiones, a su presencia. ¿Y aquella piedra tan igual a las otras, no podría ser ella, ser la que canta? Pues que en las piedras ha de estar el canto perdido. ¿Y no podrían ser aquellas, estas piedras, cada una o todas, algo así como letras? Fantasmas, seres en suma que permanecen quizá condenados, quizá solamente mudos en espera de que les llegue la hora de tomar figura y voz. Porque estas piedras no escritas al parecer, que nadie sabe, en definitiva, si lo están por el aire, por el alba, por las estrellas, están emparentadas con las palabras que en medio de la historia escrita aparecen y se borran, se van y

vuelven por muy bien escritas que estén; las palabras sin condena de la revelación, a las que por el aliento del hombre despiertan con vida y sentido. Las palabras de verdad y en verdad no se quedan sin más, se encienden y se apagan, se hace polvo y luego aparecen intactas: revelación, poesía, metafísica, o ellas simplemente, ellas. «Letras de luz, misterios encendidos», canta de las estrellas Francisco de Quevedo.

«Letras de luz, misterios encendidos», profecías como todo lo revelado que se da o se dio a ver, por un instante no más haya sido.

Texto de [Claros del bosque](#)